

# ABOGADO DEFENSOR

## También las figuras modernas causan devoción

Por Angel M.<sup>a</sup> TORRECILLA ARRUEBARRENA

Si doctores tiene la Santa Madre Iglesia, Rentería tiene sus artistas, que bien hubieran podido, con más alto criterio y mejor pluma, ilustrarnos sobre la actual tendencia moderna en las artes plásticas de la pintura y escultura. Pero las más de las veces sucede que no es el más capacitado para ello, sino otro cualquiera más atrevido que los demás, el que al fin tiene que ventear la humilde voz de su bostezante opinión. Y la verdad es que algo parecido me ha ocurrido a mí que, columpiándome en el balanceo de mi atrevimiento, he venido, por un casual, en uno de los vaivenes, a descolgarme sobre esta página dedicada al arte moderno. Tema de frases sinuosas y profundas, de vocablos insondables, apto para conferenciantes estilados con pretensiones de plasmar en un desnudo acabado la estilizada anatomía de este arte joven. Mas yo, por el contrario, tan sólo voy a defenderlo —porque sí, porque me gusta— sin toga ni birrete, solamente exponiendo un punto de vista particular que en alguna ocasión lo he amparado, apeado del escaño en donde ahora me encuentro subido.

Bullen en nuestro interior, en reñida mezcla, confusas sensaciones captadas en el constante andar de los días, que no nos atrevemos muchas veces en una reunión algo extraña y tupida a revelarlas, ya por temor a no saber expresarnos o ya por miedo a que nuestra idea sea un feto chato y disparatado. Pero esta parálisis infantil de nuestra mudéz cobra movimiento a la sombra rancia de las cuadrillas en las estrechas reuniones tabernarias y corre, tropieza, salta y se desboca en un barboteo de palabras y apreciaciones calenturientas. Y es así como en una fiebre de ideas descompuestas y enfermizas nace la crítica anémica y desnutrida. Una crítica desmedida y voraz que, cual una babosa, se arrastra hasta posarse sobre el exótico lienzo de este modernismo artístico para tratar de agujerearlo, morderlo con su diente húmedo y viscoso.

Y es que nuestra inteligencia, plegada entre las hojas de aquel primero y sempiterno catón artístico de la niñez, teme al desdoblarse deshonrar la ancestral religiosidad de nuestras imágenes. Y se estrecha muy prieta hasta calcarse repetidas veces los principios de su opinión testaru-

da. Tan sólo en contadas ocasiones, una vez destilado a través de la pequeña porosidad de su película, va admitiendo gota a gota, trocito a trocito, la actual tendencia moderna.

Vivimos, pues, milimetrados por una obsesión miope, temerosos de que algún día tengamos que postrarnos en nuestras iglesias ante la estatua moderna de nuestro santo protector; de que nuestra devoción por él se congele y achique; de que nuestras plegarias, en una palabra, enmudez-



can y se vayan ovillando poco a poco hasta ocultarse en el silencio íntimo de su concha.

Es natural que en un principio nuestra visión tienda a sublevarse, amalvezada y mal mimada como está con el «caramelo» de lo bonito y coquetón. Pero al fin y al cabo no es ella la que tiene que rezar. Es nuestro corazón. Y éste, mitigado el escozor del primer disgusto, no olvidará sus rezos, no, porque estas imágenes —es lo principal—, aunque modernas, guardan toda la religiosidad de las otras e incluso a algunas de ellas las superan, al rehusar en lo posible el engaño de todo dis-

fraz mundano y tratar de buscar el hueco limpio donde el alma oculta su latido. ¿O es que nos parecen más reales y han de causarnos mayor devoción las figuras (deberíamos llamarlas figurines) envasadas de embuste y fábula de un San Luis Gonzaga, de aspecto afeminado, relleno de albos encajes; o de un San Antonio de Padua, bello cual un Apolo y acicalado como un gentleman; o de un San Francisco de Asís, el desposado con la hermana pobreza, ceñido con pulcro sayal ornado de dorados. Más, cuando con un guiño esquivo, soslayando la senda de la verdad, parecen querer conducirnos a un mundo de ficción y fantasía, al lugar remoto de leyenda donde vivieron fácil y plácidamente obrando incontables milagros? Siendo, como es, la verdad muy otra. Porque estos santos que veneramos en nuestras iglesias, aunque quieran demostrarnos lo contrario, fueron unos forzados de la vida, verdaderos hombres plenos de austera espiritualidad y de una tenaz mortificación, que lucharon continuamente y no cejaron hasta vencerse a sí mismos y al mundo que los rodeaba.

¿Que algunas figuras modernas necesitan una explicación para mejor entenderlas? De acuerdo. Pero, ¿qué arte no lo necesita? ¿O es que somos nosotros capaces de descifrar, si anteriormente no nos lo han advertido, que tal o cual pieza musical es —supongamos— el llanto de un niño? Y no se nos ocurre por ello dudar de la idoneidad del compositor. Comprendemos nuestro desconocimiento musical y nos declaramos abiertamente culpables. Y en el arte de la pintura y escultura, ¿por qué no? Pues sucede algo por el estilo, si no lo mismo.

Es verdad que en el corto lapso de unos años hemos sufrido un golpe brusco, viéndonos obligados a transformar en una dislocada pirueta nuestra visión, a profundizar, bucear más el arte para comprenderlo, acostumbrados como estábamos a flotar tan sólo sobre él.

Nuestro esfuerzo es mayor porque comenzamos ahora, pero más tarde —yo creo— no nos harán falta explicaciones, ya que para entonces habrá desarrollado lo bastante nuestro intelecto nutrido con la constante visión y asidua flexión de los sentidos.

El moderno es un arte, pues, que no puede ni debe —a mi entender— vivir en nuestros días con las limitaciones y estrecheces de un realquilado con derecho a cocina, sino con la libertad y holgura del dueño y señor de una época que le corresponde por derecho.